





S. AGUSTIN,
LA CIUDAD
DE DIOS.



X.



BR65

.A64

E8

v. 10

1793



008014



1080014552

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

LA CIUDAD DE DIOS
DEL GRAN PADRE DE LA IGLESIA
SAN AGUSTIN.

25.
220.6
A

LA CIUDAD DE DIOS
DEL GRAN PADRE DE LA IGLESIA
SAN AGUSTIN

LA CIUDAD DE DIOS
DEL GRAN PADRE
Y DOCTOR DE LA IGLESIA
SAN AGUSTIN,
OBISPO DE HIPONA,
DIVIDIDA EN VEINTE Y DOS LIBROS,
TRADUCIDA DEL LATIN AL CASTELLANO

*Por el Doctor Don Joseph Cayetano Diaz de Beyral
y Bermudez, del Gremio y Claustro de la Real Universidad
de Huesca, Opositor á sus Cátedras de Leyes
y Cánones.*

TOMO X.



UNIVERSIDAD DE HUESCA
Biblioteca Universitaria

CON LICENCIA.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1796.

44698

BR65

.A64

E8

V.10

1793



FONDO LITERARIO
VALVERDE Y TELLEZ

LIBRERIA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES DE MADRID

4888

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PAPA

Y DOCTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DE SAN AGUSTIN

OBISPO DE HIPONA

DIVIDIDA EN VEINTE Y DOS LIBROS

TRADUCIDA DEL LATIN AL CASTELLANO

Por el Doctor Don Joseph Castañeda, Doctor de la Universidad de Salamanca, y de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, y de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid.

TOMO X

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL

1793

PROLOGO

v

mas que unos pequeños renuevos que

atraxion de las sabu-

las tacion por la mayor parte inventa-

das desde el tiempo de los Jueces, has-

ta la guerra de Troya, con ocasion de

Después de haber advertido San Agus-

tin los progresos de la Ciudad de Dios,

vuelve á tomar en el libro diez y ocho

el curso de la ciudad del mundo desde

Abraham, para que todos pudiesen co-

tejar estas dos ciudades. Entre los Im-

perios, que establecieron los diversos

intereses de la ciudad de la tierra, hay

dos mucho mas poderosos, que los otros:

el de los Asyrios y el de los Romanos,

uno y otro muy separados en quanto

al tiempo y al lugar. El Imperio de los

Asyrios floreció el primero en el Orien-

te, y el de los Romanos, que vino

después, se extendió por el Occidente.

Todos los demas Reynos no han sido

008014

mas que unos pequeños renuevos que arrojaron de sí estos Imperios. Las fábulas fueron por la mayor parte inventadas desde el tiempo de los Jueces, hasta la guerra de Troya, con ocasion de algunos sucesos verdaderos entre los Paganos. Por este tiempo hubo algunos Poetas, á los que tambien llamaron Teólogos, porque hacian versos á honra de los Dioses. Si entre tantas fábulas dixeron alguna cosa del verdadero Dios, no por esto le diéron el culto que á él solo se debe, y aun con los ridículos cuentos deshonraron á sus propios Dioses.

Pitágoras, que se puede llamar el primer Filósofo, floreció en el Reynado de Sedecías, Rey de los Judíos, y en el de Tarquino el Mayor, Rey de los Romanos. En tiempo de otro Tarquino, llamado el Soberbio, último Rey

de los Romanos, fueron puestos los Judíos en libertad. Hasta entonces habia habido sin interrupcion alguna Profetas entre los Judíos.

Nota San Agustin el tiempo de cada uno de ellos, en particular el de aquellos, cuyas profecías han llegado hasta nosotros: hablando de las de Isaias dice: que tiene algunas tan claras, que las entienden los mismos enemigos de la Religion á pesar suyo. Parece que reconoce á Esdras por autor del libro de Ester, mas bien como historiador, que como Profeta. Refiere como Ptolomeo Filadelfo, Rey de Egipto, hizo traducir en Griego las divinas Escrituras, y prefiere esta version á todas las demas que despues se han hecho, diciendo, que sobre ella se habian formado las latinas, que en su tiempo corrian en las Iglesias de Oc-

cidente. Confiesa que hay muchos lugares en que los Setenta parece que se apartan de la verdad hebraica, pero defiende, que estos mismos lugares bien entendidos, se hallan perfectamente conformes al texto original. Llega despues á los tiempos que siguieron á la cautividad de Babilonia, en los que no teniendo ya los Judios, Profetas, fueron peores que antes; no obstante que ellos creían que habia llegado el tiempo de ser mejores, entendiendo á la letra esta profecía de Ageo: la gloria de esta última casa será mas grande que la de la primera.

San Agustin les hace ver, que no se podia explicar esta profecía en el sentido que la daban, entendiéndola del templo de Jerusalem, reedificado despues de la cautividad, sino que debía entenderse de la Iglesia, que es un tem-

plo mucho mas ilustre, compuesto de piedras vivas, esto es, de Fieles renovados por el Bautismo. Esta Iglesia, dice, en un siglo tan perverso se ve exercitada con una infinidad de temores, dolores, tentaciones y trabajos, sin otra alegría que la de la esperanza. No hay duda que hay muchos réprobos mezclados con los escogidos, unos y otros están como en la red del Evangelio, y nadan confundidos unos con otros en el mar de este mundo, hasta llegar á la ribera, en la que los malos serán separados de los buenos.

Jesu-Christo, que nació de una Virgen en Belen de Judá, como lo habian dicho los Profetas, eligió por discípulos, á quienes llamó Apóstoles, unos hombres nacidos en el mas baxo lugar, despreciables, y sin letras, con el fin de ser, y de hacer en ellos to-

do lo grande que estos habian de ser y hacer. Por ellos predicó el Evangelio, primero á los Judíos, y despues á los Gentiles. En este ministerio no empleó solamente á los que fuéron testigos de su Pasion y Resurreccion, sino tambien á los que les sucedieron, y han llevado el Evangelio por todo el mundo entre sangrientas persecuciones, declarándose Dios á favor suyo con muchos prodigios y diversos dones del Espíritu Santo, para que creyendo los Gentiles en el que fué crucificado por redimirlos, reverenciasen con amor christiano la sangre que habian derramado de los Mártires, y para que los mismos Reyes, cuyos edictos iban desolando la Iglesia, se sujetasen despues humildemente al santo nombre, que su crueldad habia pretendido exterminar con los mayores esfuerzos.

Viendo los demonios que todos abandonaban sus templos, suscitaron Hereges, que con el nombre de Christianos combatiesen la doctrina christiana. No mira la Iglesia como Hereges á todos los que tienen malas y peligrosas opiniones, sino aquellos solamente que reprehendidos ya, todavía persisten con obstinacion, y no quieren retractarse de sus perniciosos dogmas. En algun sentido verdadero son útiles á la Iglesia, porque de ellos se vale Dios para exercicio de la paciencia y prudencia de sus siervos. Algunos imaginaban que la Iglesia ya no tenia que sufrir otra persecucion hasta la venida de Jesu-Christo, diciendo que habia padecido diez, y el Ante-Christo habia de abrir la undécima, pero San Agustin les hace ver, que no hay cosa segura en quanto al número de las

persecuciones de la Iglesia, y que ya habia padecido muchas mas de diez, y que sin temeridad ninguno podrá asegurar, que aun ha de tener otras muchas antes de la venida del Ante-Christo.

Los primeros capítulos del libro diez y nueve se emplean en refutar la opinion de los Filósofos en punto del soberano bien, porque unos la ponian en la posesion de los bienes de la naturaleza, otros en los del alma, y otros en uno y otro género de bienes. Les opone San Agustin la fe de los Christianos, los quales saben que consiste el bien supremo en la vida eterna, y el mayor mal en la muerte eterna, de donde infiere, que no se puede gozar del supremo bien en este mundo. Lo prueba el Santo, primeramente, por aquellas palabras del Profeta: el justo vive de la fe, pues como todavía no le vemos, es preciso buscarle

por la fe. En segundo lugar, por los muchos combates entre la carne y el espíritu, y por las miserias á que está sujeto el hombre mientras le dura esta vida: añade, que la posesion de lo mejor que puede haber en este mundo, es, sin la esperanza de la posesion de Dios, una grande miseria y una falsa bienaventuranza: que aquí no se gozan los verdaderos bienes del alma, si esta no se propone por fin aquella vida en que Dios será todas las cosas en todos por medio de una perfecta paz, y una eternidad asegurada: en quanto á los tres géneros de vida, el activo, el contemplativo, y el que consta de los dos, puede cada uno en esta ciudad abrazar el que mas le agrade, como sea por el amor de la verdad, y no despreciando la obligacion de la caridad, porque ninguno debe entregarse de tal modo

al reposo de la contemplacion , que no piense al mismo tiempo en ser útil al próximo , ni abandonarse á la accion, de suerte , que se olvide de la contemplacion. En el reposo no debe buscarse la ociosidad , sino ocuparse en la investigacion de la verdad , con el fin de aprovecharse á sí mismo con este conocimiento , y no envidiarle en los otros. En la accion no hemos de pretender el poder y la honra , pues uno y otro es vanidad , sino el trabajo , quando contribuye á la salud de los que tenemos á nuestro cargo : por esto dixo el Apóstol : el que desea el Obispado , desea una buena obra. El Obispado , á la verdad , es nombre de carga , no de dignidad , solamente porque en lengua Griega significa velar sobre alguno , y cuidar de él , para manifestarnos , que no es Obispo aquel que gusta de man-

dar , y no procura ser útil á las personas , á quienes manda.

Todo el mundo pues , podrá aplicarse á la investigacion de la verdad , pues en esta consiste el reposo laudable de la vida contemplativa , pero con todo eso , siempre es cosa vergonzosa desear las dignidades de la Iglesia , aun quando nos gobernamos en ellas como se debe. Por esto solo se necesita amar la verdad , para abrazar el santo reposo de la contemplacion ; pero en la accion nos deben únicamente empeñar la caridad y la necesidad , de suerte , que si no hay quien nos imponga esta carga , debemos vacar á la contemplacion de la verdad , y si nos la imponen , nos debemos sujetar por caridad , y por la necesidad del próximo : pero aun entonces no debemos abandonar del todo las dulzuras de la con-

templacion, no sea que sin este apoyo nos veamos oprimidos con el peso de nuestro cargo: este es el contexto de la doctrina comprehendida en los libros XVIII. y XIX., que se contienen en este tomo X. Vale.



LIBRO DECIMO OCTAVO.

CAPÍTULO I.

Sobre lo que queda dicho hasta los tiempos del Salvador en estos diez y siete libros.

Prometí escribir progresos del nacimiento, y correspondientes fines de las dos Ciudades, de la de Dios, y de la de este siglo, entre la qual anda ahora igualmente ésta peregrinando, por lo respectivo al linage humano: prometí, digo, escribir luego que ante todas cosas haya convencido y refutado, con los auxilios de la divina gracia, á los enemigos de la Ciudad de Dios, que prefieren y anteponen sus Dioses á Christo, autor y fundador de esta Ciudad, y con un odio perniciosísimo para sí, envi-